

Índice

Prólogo. Ser escritura cuando hay silencio.	9
La escritura en las <i>Elegies de Bierville</i>: camino y decir	11
Escribir como quien apresa el agua. El nombre lejano	11
Escribir donde el exilio quiebra.	15
La palabra que desciende hacia la transparencia.	17
Escribe quien siente dolor por el regreso	22
Salvarse con la palabra infinita.	32
La palabra que guía.	40
Los oráculos o la escritura que arde.	49
El dios	55
El dios muerto, hijo del verdor y la fuente	55
El dios cristiano, el dios pensado	60
El dios separado.	64
El amor escrito	73
El amor escrito.	73
La melancolía de un sol oscuro	83
El <i>eros</i> que conoce. El <i>agape</i> que trasciende	88
El símbolo o la manera de decir lo otro	97
El espectro del símbolo	97
Lo sagrado traído por los pájaros	112
El mar que une y transforma	115
Grecia como regreso al alma y a la escritura	119
El viaje de Odiseo	119
Feliz quien hizo el viaje de Odiseo	124

El camino hacia Delfos para ver el futuro	140
Soñar con Orfeo	151
Amar a Eurídice, amar su sombra	163
El canto que florece	170
Bibliografía	177

PRÓLOGO

Ser escritura cuando hay silencio

Toda palabra es un acto. Escribir, marcar en el papel las líneas de las letras, indica la creación de un límite. Limitar, pues, es el paso primordial para identificar las cosas, conocer el principio y fin de esas mismas cosas. La escritura, entonces, es la consecuencia del acto de la palabra. Consecuencia que es, a su vez, traslación de algo, movimiento. De ese mismo movimiento está hecho todo poema. No hay poema inerte. Algo ocurre siempre debajo de aquello que se dice. El hombre, siempre de esencia finita, no puede convivir con cosas infinitas, a pesar de que el germen poético se construye siempre en una infinitud que ha sido base de toda la poesía contemporánea desde el Romanticismo.

Desde este punto tomó cuerpo el planteamiento de este libro. Y, también, de sumar un aspecto trascendental que es el de nombrar aquello que, por esencia, no puede nombrarse. De nuevo, el poeta frente a su necesidad de actuar sobre lo ilimitado. Por ello el silencio que percibimos en estas *Elegies de Bierville*¹ de Carles Riba, una de las voces capitales de la poesía catalana y europea —donde los conceptos de la inefabilidad y el silencio elevan su importancia a lo largo de este poemario—, tiene su principio y su fin en la escritura. El poeta Carles Riba, víctima de un acontecimiento cruel como fue la guerra civil española y su posterior exilio en Francia, se enfrentó de manera abierta a la búsqueda primordial de su divinidad para salvarse de esa estancia vacía y dolorosa de la desposesión del éxodo. La tragedia del exilio transforma al poeta metafísicamente para trasladar esa transformación a la escritura. Entiendo que las líneas divisorias entre mística y metafísica son ambiguas, pero ambas pertenecen a un mismo plano. Estoy completamente de acuerdo con la afirmación de Chantal Maillard que expresa que «un místico cuando habla es un metafísico que se ignora». El poeta no habla, escribe, pero al fin y al cabo hace lo mismo que un acto de habla:

¹ Hubo diferentes ediciones: una con falso pie editorial de Buenos Aires de 1942 y publicada en 1943 de manera clandestina en Barcelona, una segunda edición en 1949 publicada en Santiago de Chile. En España no se editaría de manera legal hasta 1951.

marca los contornos de un mensaje, ya sea de índole comunicativa, poética o emocional o todo junto. El dolor humano del exilio es una tragedia metafísica —preguntemosles a todos los poetas hijos de cualquier guerra y/o sus consecuencias: María Zambrano, George Trakl, Nelly Sachs, Paul Celan, Isaac Rosenberg, Luis Cernuda o Pedro Garfías—. Pero tras esta tragedia metafísica llega la impronta en lo literario. Es ahí cuando el discurso empieza a mutar hasta convertirse en el mecanismo de lo místico. Ahora bien, ¿cómo nombrar —limitar, escribir— aquello que no tiene límites, aquello que no puede decirse porque es secreto? ¿Cómo encontrar la palabra de aquello que solo respira en el anonimato cruel del blanco del papel? La respuesta a estas dos preguntas parece dar un resultado desolador. Del silencio solo podemos hablar en silencio, a pesar de la contradicción. Ya lo dijo Wittgenstein en su *Tractatus*: «de lo que no se puede hablar hay que callar». Parece que el precepto nos lleva a asumir otro tipo de escritura: la escritura del silencio. La escritura mística no es una contradicción, simplemente debe desintegrarse la dimensión expresiva que siempre tuvo la escritura y la dimensión de negación de la mística. Escritura del silencio azotada por la tragedia del exilio, ¿acaso es posible?, ¿dónde empieza el poeta y acaba el hombre que es Riba? ¿Qué acto puede ser de silencio y que tenga capacidad para sobrevivir en (nos)otros? Adorno, no sin cierto grado de justificada sentimentalidad, afirmó —y luego se retractó— que después de Auschwitz no podía hacerse poesía. Tras la vergüenza de un mundo fieramente inhumano, destructor de sus propios hijos, ¿qué podía decirse? Y desde esa pregunta se articula este estudio, tratando de dar respuestas, de abrir caminos, en la obra del exilio de Carles Riba. Para ello, he estructurado este libro en diferentes aspectos trascendentales de la poesía ribiana y, más concretamente, de las *Elegies de Bierville*: la escritura, el dios, el amor, los símbolos y Grecia. Todo como aproximación al decir, como objeto que se vislumbra, a lo lejos. Todo como una escritura de la lejanía. Todos estos lugares habitan entretejiéndose, significándose, callándose, y, sin embargo, trascendiendo.